
ARTICLES

Afers Internacionals, n.ºs. 12 i 13, pp. 5-19.

Las relaciones actuales entre España y Cuba

JOAQUIN ROY*

Tras las conversaciones de noviembre de 1987 entre Castro y González en La Habana, dos acuerdos salieron como saldo: la liberación de Gutiérrez Menoyo y la compensación por las expropiaciones de los ciudadanos españoles en 1960 por un valor de \$40 millones. Con la objetividad que proporciona la necesaria perspectiva del tiempo, puede decirse que el balance de la visita a La Habana para la política exterior española debe ser calificado de normal.

1. SALDO DEL ENCUENTRO DE LA HABANA

En primer lugar, se canceló la provisionalidad de una suspensión nunca suficientemente explicada. A pesar de las protestas —antes³, durante y después⁴ del viaje— por parte de la oposición conservadora y centrista española, puede decirse que González salió moderadamente favorecido en su haber político. El punto de vista del Gobierno quedó escuetamente expresado por el Ministro de Asuntos Exteriores, Francisco Fernández Ordóñez, al contestar en el Congreso de los Diputados una interpelación de Miguel Roca, portavoz de Minoría Catalana:

«Este viaje a Cuba ni modifica ni altera la política exterior española, sino que la consolida... dos países con distintos sistemas políticos pueden tener relaciones estrechas y coincidir en temas de política internacional... lo raro es que no haya ningún campo de coincidencia.»⁵

En el entramado internacional, hay que recordar que la peculiaridad del viaje estribaba en que el mandatario español era el primer jefe de gobierno de un país miembro de la OTAN que iba a La Habana en viaje oficial. Aunque este gesto no gustara mucho en Washington, lo cierto es que la Casa Blanca se guardó mucho de hacer comentario alguno, mientras para el presidente español repre-

*Director de Estudios Iberoamericanos y Catedrático de Estudios Internacionales de la Universidad de Miami.

Nota: Este trabajo es un adelanto de las conclusiones de un libro titulado *Cuba y España: percepciones y relaciones*, que publicará la Biblioteca Cubana Contemporánea en Madrid.

sentaba una señal de autonomismo político.

La liberación de Gutiérrez Menoyo y el examen de los casos de otros presos de ascendencia española debe considerarse como un logro positivo.⁶ González accedió a dejar el caso de Gutiérrez Menoyo al margen de los demás presos, para dejar una puerta abierta a la decisión personal de Castro, quien frecuentemente se sentía irritado al mencionarse al que todavía considera como serio adversario. El propio Castro decía textualmente a un periodista español:

«Es un tema que me lo planteó Felipe hace tiempo. Sin embargo, tuvo la delicadeza de no presionarme. No acepto en ese sentido ninguna presión del exterior. La delicadeza de Felipe González y el nerviosismo que noté en su entorno al respecto, me forzaron por deferencia hacia él y a España a aceptar esa decisión.»⁷

El acuerdo del pago de \$40 millones, si bien está lejos de los \$300 reclamados anteriormente deberá también ser visto como una compensación casi simbólica,⁸ pero que no supera la absoluta falta de acuerdo anterior. Aunque el pago sea escalonado en 15 años, representa, sin embargo, el reconocimiento de una cierta culpabilidad de La Habana.

La visita representó de nuevo una oportunidad para que los medios de comunicación españoles reanudaran la tendencia documental y crítica hacia las carencias del régimen de La Habana y los aspectos negativos de la Revolución. Lo publicado por los periodistas españoles no debe ser considerado precisamente como el desideratum de una agencia de relaciones públicas. La serie de artículos⁹ pareció una repetición de lo escrito con motivo del 25 aniversario de la Revolución, con la excepción de unos comentarios inquisitivos que destacaban las contradicciones de la Revolución o el carisma del líder cubano. En esta categoría deben incluirse dos publicados en la revista *Cambio 16* del 1 de diciembre: Ander Landáburu, «Cuatro horas en La Habana con Fidel Castro» y José Manuel Arija, «Castro y González en su salsa». De Arija son estas líneas:

«Castro se permite todo, e incluso criticar a su propio sistema y partido. Pero es el único que puede arrogarse ese lujo... no hay libertad, pero tampoco hay analfabetismo. No hay miseria, pero hay presos políticos. Son las dos caras de un régimen autoritario que adoctrina a su pueblo al estilo de los países del Este, pero que no se toma en serio ni los dogmas marxistas ni las consignas constantes de estímulo a la producción.»

Julián Lago, en un sarcástico comentario («La langosta de Fidel, los peces de Felipe y la noche loca de "Tropicana"»),¹⁰ tan demoledor como sus artículos sobre la política española interior incluía estos párrafos:

«Sin escolta visible. ¿Para qué, si allí media Cuba vigila a la otra media?... los cubanos no pueden casarse por falta de viviendas: muchos matrimonios viven, separados, en las casas de sus respectivos padres. Otro dato: el contacto de una cubana con un extranjero puede costarle dos años de prisión.»

Todas las anteriores opiniones de periodistas españoles fueron superadas por las irónicas críticas de Alberto Míguez, corresponsal de *La Vanguardia* de Barcelona y *ABC* de Madrid. En una serie de tres artículos distribuidos por la Agencia

Firmas después de calificar a la capital cubana como «una Varsovia tropical donde no se vislumbra, por ahora, ningún Walessa», incluía este deprimente balance:

«El régimen ha demostrado cumplidamente y sigue demostrándolo a diario, su incompetencia para dar de comer, vestir y calzar, ofrecer educación y salud a sus súbditos. Nunca la situación económica y social había estado tan degradada y nunca tampoco los cubanos habían tenido más dificultades para conseguir cosas que, incluso en los países más pobres del Tercer Mundo, se logran sin excesivas dificultades: una barra de pan, un par de zapatos, un pantalón. De modo que la eficiencia represiva del régimen va en razón directa de su ineficiencia social.»¹¹

Por último, conviene meditar sobre el histórico editorial publicado por *El País* el día de la liberación de Gutiérrez Menoyo. El matutino ha sido frecuentemente acusado de inclinaciones socialistas y proclive a las causas izquierdistas en América Latina, sobre todo si se trata de enfrentarse a los intereses norteamericanos. Aunque se ha exteriorizado su repulsión hacia los regímenes totalitarios de la órbita soviética (al igual que ha sido un implacable crítico de las dictaduras latinoamericanas), no han sido frecuentes sus objeciones hacia el régimen de La Habana. El editorial de 22 de diciembre es un modelo de rectificación de una pauta anterior demasiado amable con el gobierno castrista, al tiempo que sufre todavía la rémora de laudarse ciertos aspectos de la política (sobre todo en la época temprana de la revolución) de La Habana que se juzgan como positivos.

En primer lugar, el editorialista de *El País* parecía hablar por boca de un sector entre liberal y socialdemócrata:

«Las demostraciones de clemencia son mucho más susceptibles de producirse ... en aquellos regímenes en los que la legalidad está pensada para servir a los intereses del Estado y no a los del ciudadano. Una dictadura como la cubana puede permitirse el lujo de ser clemente porque antes ha restringido de tal manera el campo de la acción política en libertad que a una parte de sus nacionales no les queda otro camino que la disidencia o el exilio si quieren mostrar activamente su disconformidad con la situación. Ni Cuba es más democrática ni Fidel Castro menos dictador porque la diplomacia española haya podido abrir esa brecha en las cárceles de La Habana.»

Luego, al recordar el origen de la desertión y oposición de Gutiérrez Menoyo y la naturaleza violenta de su grupo, el editorialista efectúa un viraje hacia los años sesenta, tanto para recordar los logros de la revolución entonces, como para posiblemente justificar la posición de la izquierda europea que brindó su apoyo a Castro:

«GM desembarcó en Cuba en 1964, donde esperaba, a tenor de lo que la contra cubana le había hecho entender, poco menos que un alzamiento masivo para secundar sus propósitos. El hecho de que no ocurriera así dice mucho también sobre la naturaleza del régimen castrista. La ausencia total de democracia no podía enmascarar los progresos materiales y la creciente igualdad conseguida en el reparto de la riqueza por los habitantes de la isla.»¹²

Este decidido cambio de rumbo, al tiempo que se conserva la mística román-

tica de los años 60, con lo cual se autojustifican ambas actitudes (la crítica de ahora y el apoyo de entonces) recuerdan el debate generado en los ambientes intelectuales de los Estados Unidos, en los que un grupo decididamente izquierdistas (contra la guerra de Vietnam, pro Cuba, y ahora pro Nicaragua) está siendo criticado por los que han sido calificados como «anticomunistas prematuros». ¹³ Esos, que ahora disfrutan de la posición privilegiada del renacimiento del pensamiento conservador y el financiamiento de los «think tanks» norteamericanos, no tendrían entonces razón al denunciar al castrismo en la primera etapa, pero su posición ahora (tras Checoslovaquia, Afganistán y Polonia, y el —imposible de entender— respaldo de Castro, a todas esas acciones soviéticas) quedaría ocupada por la izquierda «de siempre».

La visita sirvió para ratificar el status quo. En las apariencias exteriores, las relaciones de la democracia española con el régimen cubano han estado jaladas por unas muestras de cierta espectacularidad. Primero fue el abrazo de Suárez a Castro en La Habana. Luego la llegada de Castro a Madrid. Por fin, otro abrazo, el de González y Castro en La Habana. Para Alberto Míguez, la explicación sobre la evidente congenialidad entre los dos líderes tan dispares, reside en que «no discutieron de nada serio y se limitaron a intercambiar opiniones sobre temas generales sin 'entrar en honduras' como dijo uno de los colaboradores del propio González». ¹⁴ El broche fue la visita al Tropicana.

La foto de González y Castro sonrientes entre las coristas de la sala de fiesta puede considerarse como clásica. La telefoto de Reuter-UPI fue inmediatamente reproducida el 18 de noviembre por los principales diarios de España y América. Alberto Míguez en sus artículos de *La Vanguardia*, el diario conservador catalán que publicaba ostensiblemente en clásica portada las fotos de González y Castro en el Tropicana, pintaba así el acontecimiento:

«Celia Gámez no lo habría hecho mejor... era la tercera vez que Castro asistía al espectáculo. Hace apenas unas semanas lo hizo por segunda vez, acompañando al presidente argentino, Raúl Alfonsín... brillante y 'demodé'. Plumeros, floripondios, contoneos y música 'afro' de los años 50, sazonados con la belleza de las mulatas locales y una orquesta briosa. Al final, la apoteosis: Fidel y Felipe obligados a subir al escenario, besos y abrazos de las bailarinas.» ¹⁵

El periodista de *Cambio 16*, José Manuel Arija, también testigo presencial del episodio, dio su versión personal y gráfica:

«Fidel Castro sorprendió a todos subiendo a la pasarela y arrastrando consigo a un Felipe González que algo avergonzado procuraba esconderse tras las coristas, temiendo las fotos y las cámaras de televisión por sus repercusiones en España. A Fidel eso no le preocupaba. La prensa está controlada, y al día siguiente en los periódicos cubanos no aparecía ni una sola fotografía del Tropicana.» ¹⁶

Efectivamente, la foto no fue publicada en la prensa cubana, pero sí un recuerdo especial y escueto (algo insólito en los diarios habaneros) en *Granma* (17 nov.) y en *Juventud Rebelde* (16 nov.).

Teniendo en cuenta la naturaleza turística de la sala de fiestas, que solamente continúa una tradición típicamente norteamericana de décadas atrás, convie-

ne señalar que la compañía viajera del Tropicana había visitado con éxito España en 1984 y 1985, y había actuado continuamente en el casino de Barcelona ubicado en la localidad de Sant Pere de Ribes, a pocos kilómetros de Sitges. Paralelamente se había lanzado una campaña de publicidad para desarrollar el turismo español hacia Cuba, cuyo resultado puede considerarse como fracaso, una vez pasó la novedad, y teniendo en cuenta la asequibilidad de los precios.

En cuanto a la promoción de viajes hacia Cuba, se constata también que los folletos turísticos cubanos contienen aseveraciones que sorprenden, no por su corrección histórica, sino porque tradicionalmente están ausentes en este tipo de publicaciones. En *Datos informativos sobre Cuba*, además de mencionar que la isla fue descubierta por «el navegante genovés Cristóbal Colón», se agrega este párrafo:

«la llegada de los españoles a Cuba interrumpe el desarrollo natural de la población indígena, que fue sometida a una intensiva explotación por parte de los colonizadores, lo que provocó su rápida desaparición... A partir del siglo XVIII comenzó a perfilarse la separación entre los españoles y los descendientes de los colonizadores de la isla... el antagonismo entre españoles y criollos se agudiza en el siglo XIX.»¹⁷

Pero detrás de estos gráficos episodios de indudable impacto periodístico, se ha mantenido una prudente política por parte del gobierno socialista.

La afabilidad exteriorizada por Castro recordó simplemente su necesidad de suavizar urgentemente los puntos de tensiones y la decisión de corregir los errores de cálculo en el pasado. «Tributa nuestro pueblo cálido saludo a Felipe González», era el título del artículo de portada de *Granma*, que llevaba un gran surtido de fotografías (algunas de evidente calidad), generalmente reservadas a las visitas de líderes de la órbita soviética. En la contraportada se mencionaba, en una biografía de González (con una fotografía de estudio), que «tras su renuncia a volver a presentarse a la elección para la Secretaría General en el XXVIII Congreso, en mayo de 1979, fue de nuevo elegido Secretario General». Nada se decía acerca del crucial motivo de este importante hecho: González forzó a su partido a renunciar a los métodos marxistas, y lo convirtió en socialdemócrata, al modo de lo que hizo Brandt con el partido alemán en Bad Godesborg. Los historiadores del socialismo señalan este episodio como ruptura y enfrentamiento definitivos con el marxismo-leninismo.

La concesión de la orden José Martí a Felipe González lo ubica al nivel de máximos aliados de Cuba. Repárese, además, en el texto del acuerdo del Consejo de Estado que, si bien es consonante con la frecuente vacuidad del lenguaje diplomático, es bien explícito: «en consideración a su amistad y solidaridad con la Revolución Cubana».¹⁸

La campaña de relaciones públicas hacia España en vísperas del viaje recibió un refuerzo con motivo de la IV Feria Internacional celebrada en el Palacio de Convenciones de La Habana. Allí, en el contexto de sus críticas contra la ineficacia de la burocracia cubana, aprovechando los micrófonos de Radio Rebelde, Castro tuvo estas palabras afectuosas hacia los empresarios españoles:

«Muchos tienen vinculaciones de años con Cuba y una gran disposición de cooperación... son gente que tiene mucha más experiencia que nosotros en la administración de industrias.»

Además comparó el trato con otras nacionalidades:

«No es que no sean amables, pero no hablan el mismo idioma. Con los españoles hay mucha cosa afectiva, no es una relación económica, comercial, hay mucho subjetivo.»¹⁹

Ander Landáburu citaba comentarios similares en su artículo de *Cambio 16*:

«Fidel Castro departió con los ciento cuarenta representantes de pequeñas y medianas empresas españolas desplazadas... son los hombres que necesitamos, les dijo elogiosamente.»²⁰

Los diarios cubanos transcribieron fielmente estas declaraciones de Castro. Con todo lujo de detalles, se informó sobre la visita a las exposiciones de Mercedes Benz España, Matrocol, Worthington, Argasa, Itur y Glorasemarfe.²¹ No es de extrañar este interés, pues los stands españoles eran la mayoría entre los participantes de la IV Feria.²² Y hay más: a Castro se le escapaba un evidente detalle de admiración hacia la economía de mercado, que era transcrito fielmente por *Granma*:

Estos empresarios están en el capitalismo, y han tenido que competir muy duro para poder sobresalir dentro de ese sistema; es decir, es gente dotada de talento para la organización y para la producción.²³

Esto se desarrollaba en plena etapa de corrección de errores. Incluso los comentarios admirativos hacia los empresarios españoles no podían verse divorciados de la política económica de los socialistas, calificada despectivamente por La Habana como «liberal». En el terreno político, desde la llegada de los socialistas al poder en 1982, la percepción del gobierno cubano (concretamente, la del propio Fidel Castro) acerca de sus posibilidades de maniobra con la llegada de los socialistas al poder, falló estrepitosamente en sus expectativas. En este aspecto, los medios conservadores en España (y también en los Estados Unidos) coincidieron con La Habana en su equivocada proyección sobre cuál sería la política exterior de González, sobre todo con respecto a América Latina. Castro creyó que en La Moncloa tendría un aliado tanto para sus proyectos tercermundistas como para sus actuaciones en Nicaragua y en Centroamérica en general, además de servirle de agente en las delicadas relaciones con los partidos socialistas europeos. Aunque parezca simplista, Castro no le pudo perdonar a González esa notable discordancia entre la percepción y la realidad.

2. RELACIÓN ECONÓMICA

A pesar del panorama inestable, la visita de González a La Habana le proporcionó que el gobierno español acordara unas rebajas arancelarias de las exportaciones con destino a Cuba.²⁴ La economía resulta el apartado crucial para entender las relaciones hispanocubanas. El mantenimiento del vínculo diplomático entre Franco y el régimen castrista fue reforzado por el régimen parlamentario español hasta solidificarse en la dimensión económica. Se pasó de un cierto equi-

librio entre las exportaciones y las importaciones hispanocubanas hasta una situación actual en la que España es aparentemente la que recibe más ventajas, pues Cuba le compra a España más del doble de lo que España importa de la isla. El mismo Fernández Ordóñez recordaba en su intervención en el Congreso de los Diputados que «Cuba es el primer cliente de España en Iberoamérica».²⁵

Cualquier análisis que tenga como base los datos ofrecidos por las estadísticas económicas,²⁶ constata, en primer lugar, la importancia del comercio hispano-cubano en el entramado global de las relaciones entre España y América Latina.

En 1970 la balanza comercial hispano-cubana estaba equilibrada, pues Cuba vendía a España 35 millones de dólares, mientras Madrid exportaba 37 millones. En 1976 ya se notaba desequilibrio: 91 millones de ventas cubanas, por 210 millones de bienes y servicios españoles mandados a Cuba. Al siguiente año, La Habana enviaba 158 millones y los españoles exportaban 177 (a causa de los precios del azúcar). A partir de entonces el ascenso español es imparable: 199 millones en 1979 y 189 en 1980. Con un porcentaje notable en el total del comercio exterior, este parámetro se extiende a los años sesenta. España compraba el 11,2 % de todas las exportaciones cubanas al mundo capitalista (lo cual debe ser interpretado doblemente como una proeza de la economía de España, teniendo en cuenta la desproporción de entonces entre la economía española y la del resto de Europa, y como una pobre relación comercial cubana con el resto de la economía de mercado). En 1975 las relaciones comerciales hispanocubanas representan el 6,5 % de todo el comercio exterior de la isla, porcentaje solamente superado por el Japón.²⁷

En la década de los ochenta, el panorama de las relaciones comerciales entre España y Cuba revela la importancia creciente de la isla como destinataria de las exportaciones españolas. El primer lustro de la década testifica el descenso (debido, naturalmente, a la crisis financiera latinoamericana) de las adquisiciones latinoamericanas (que pasó de los 2.000 millones de dólares en 1982 a estabilizarse en los 1.200 millones en los dos siguientes años). Además, hay que anotar que Cuba figura en el pelotón de cabeza de países latinoamericanos que acaparan mayor porcentaje de la exportación española (junto a importantes naciones como México, Venezuela y Argentina). Concretamente, Cuba (con el 14,5 % de las exportaciones españolas a América Latina) es más «importante» que Venezuela (con 13 %) y Argentina (con 9 %). En cambio, es obvio que la relación importación-exportación entre Cuba y España en el transcurso de ese mismo lustro evoluciona espectacularmente para beneficio de España. En 1970 las importaciones españolas de productos de Cuba constituían el 7,7 % del total hispano-latinoamericano, mientras que las exportaciones eran el 11,7 %; pero ya en 1984, mientras Cuba representa el 14,49 % del mercado latinoamericano para los productos españoles, España solamente le compra a Cuba un magro 2,66 % del total que adquiere en América Latina.

La tasa de cobertura es también explícitamente favorable a España y presenta una errática evolución. En 1970 era equilibrada entre los dos países, para descender al 69,95 % en 1973, subir favorablemente para España en 1976, regresar al equilibrio del 94,48 % en 1978, pero ya en 1984 es favorable a España en un 203,88 %, un porcentaje en América Latina solamente superado por el comercio con Ecuador [274,18 %] y Perú (386 %).

En 1984 Cuba ocupaba el lugar número 44 en el conjunto total de los países proveedores de España, con un 0,30 % del total y por delante de otros países

como Paraguay, Venezuela y México en la zona latinoamericana. En cuanto a la situación de Cuba en la lista de países que compran a España ofrece el lugar número 24, por delante de Venezuela (26) y Argentina, (33) con un porcentaje total del 0,76 %, que puede parecer insignificante en comparación con el 15 % de Francia, el 9,58 % de Alemania Federal o el 9,56 % de los Estados Unidos, pero que no es nada despreciable si se lo compara con India (0,54 %), Irak (0,51 %) o Nigeria (0,44 %). Pueden consultarse estos datos oficiales ofrecidos por el Banco de España.²⁸

Ya en 1983, España había capturado el primer lugar en el sector de destinatarios capitalistas de las exportaciones cubanas, con 94 millones de pesos cubanos, solamente seguida de Alemania Federal con 68 millones y Japón con otros 68 millones. Hay que tener en cuenta también que este ascenso español es paralelo al movimiento decreciente del intercambio comercial cubano con los países de economía de mercado, ya que de un promedio de 22 % entre 1977 y 1980 se ha pasado al 13 % entre los años 1982 y 1984.

La deuda externa de Cuba también revela un apartado especial sobre España. En el sector de deuda externa desembolsada a corto plazo, España figura en segundo lugar, con 58 millones, solamente superada por Gran Bretaña con 96 y Francia con 66. Pero en la deuda a medio plazo, España figura en primer lugar con 321 millones de pesos, seguida de Francia con 280, mientras que los países exportadores de petróleo son acreedores de 296 millones (o sea, menos que España). En la deuda externa no desembolsada (cifras de 1983), España figura en primer lugar entre los países de economía de mercado, con 51 millones de pesos, seguida de Japón con 44 millones. En la deuda a medio y largo plazo, Argentina es la primera con 89 millones, seguida de Francia con 58, y España en tercer lugar con 40.

En cuanto a la especificidad del comercio hispano-cubano hay que señalar que las principales exportaciones cubanas a España son el tabaco, la chatarra, el café y mariscos,²⁹ mientras que los productos españoles que se destinan a Cuba son numerosos y diversos.³⁰

Finalmente, en los dos últimos ejercicios el saldo favorable a España ha aumentado en cifras absolutas. Las exportaciones españolas durante 1985 sumaron 299 millones de dólares, mientras que los bienes importados de Cuba estaban valorados en 124 millones. Durante los dos primeros tercios de 1986 (el período más reciente de que se disponen datos al redactar este trabajo), la ventaja española fue más espectacular todavía, pues España exportó por valor de 212 millones de dólares, mientras que Cuba le vendió a España solamente 62 millones. O sea, que una relación que en años anteriores era de 1 a 2, ha rebasado ya la proporción de 1 a 3, y se preveía que en 1987 las exportaciones españolas cuadruplicarían a las cubanas.

Hay que anotar que en los momentos del viaje de González a Cuba, la deuda de La Habana con Madrid era de 52.000 millones de pesetas. El gobierno cubano informó al español y al Club de París que no había podido obtener «dinero fresco», por lo que necesitaba renegociar la deuda a medio y largo plazo. La posición española es flexible en cuanto a la deuda a medio y largo plazo, pero negativa en cuanto a la de corto plazo, por lo que, de momento, habrá que acudir a financiar las exportaciones españolas en 1987.

Las medidas decretadas por Fidel Castro en el curso del Tercer Congreso del Partido Comunista de Cuba revelaron algunos detalles que, si bien no están íntimamente sujetos a las relaciones hispano-cubanas, merecen una lectura sopesa-

da a la hora de analizar el panorama general de la economía cubana. Como detalle más importante, Castro anunció que las importaciones de Cuba se verían reducidas de 1.200 a 600 millones de dólares. Se advirtió que en los próximos años faltarían más productos, precisamente por la carencia de divisas convertibles. En el mismo marco se señalaban algunas de las causas: la sequía, la progresiva devaluación del dólar, el bloqueo de los Estados Unidos y la baja de los precios del petróleo y el azúcar en los mercados internacionales.³¹ Después de la salida de Felipe González de La Habana, unas comisiones económicas de ambos países siguieron trabajando en el difícil entramado de esta importante conexión económica. Días más tarde se anunciaba que Cuba no podía hacer frente al pago de la deuda de 90 millones de dólares, de los que 27 vencían a fines de 1986. Se recordaba también que la deuda total en divisas convertibles era de 3.552 millones de dólares, de los que a España correspondían 420.³²

En el plano puramente económico, por lo tanto, para España debe ser doblemente preocupante que Cuba no pueda realmente satisfacer su deuda y que Castro se constituya como líder del movimiento latinoamericano opuesto al pago de la misma. La ventaja española en el comercio hispanocubano puede ser sencillamente un espejismo ante la debilidad del erario cubano en cuanto a divisas disponibles, y la contradicción que supone mientras tanto el pago sostenido por la ayuda soviética. Esto dejaría a España a merced del sistema de trueque, obligada a aceptar productos que quizá no necesita (pero que son los únicos que Cuba puede ofrecer) a cambio del pago en metálico.

3. INCÓGNITAS HACIA 1992

En el nivel de las cruciales relaciones públicas conectado con el Quinto Centenario, seguirá habiendo preocupación por la actitud que tomen Cuba y otros países de la órbita soviética con respecto a los Juegos Olímpicos de Seúl en 1988, tras la elección de la ciudad de Barcelona como sede para los Juegos de 1992. Teniendo en cuenta las fricciones y sendas ausencias entre norteamericanos y soviéticos en los Juegos de Moscú en 1980 y en Los Ángeles en 1984, un boicot soviético a los de Seúl en 1988 poco más que daría la puntilla de muerte al movimiento olímpico, preparándose para un horizonte lleno de incógnitas en 1992, esta vez teniendo como eje una ciudad española.

Este hipotético escenario no es pura especulación sin base alguna: el 21 de julio de 1985 *Granma* publicaba unos fragmentos de la entrevista (la famosa de *Playboy* del mes de agosto) de Fidel Castro con el profesor norteamericano Jeffrey Elliot (y el congresista Marvyn Dymally). En ese contexto, decía Castro:

«Hemos propuesto ... que se compartan los eventos en las dos partes del territorio de Corea como única fórmula de solución... yo he hablado con dirigentes de países del Tercer Mundo y a ellos les agrada la idea... es lo único que realmente evitaría serias dificultades y un posible descalabro al movimiento olímpico... muchas veces esos eventos sirven para alimentar el desprecio a los países del Tercer Mundo... Ahora mismo constituye una vergüenza la competencia desenfrenada para ser sede de las olimpiadas de 1992 entre las grandes ciudades europeas: si Londres (Castro se equivocaba y la confundía con Birmingham), si París, las capitales de la metrópolis de las antiguas colonias (Castro también olvidaba que la capital catalana no fue nunca capi-

tal de ninguna metrópoli con colonias americanas, africanas o asiáticas) disputándose dónde van a hacer el papel de comparsa deportiva los pocos atletas de los neocolonizados. ¿Qué oportunidad tienen Ecuador, Perú, Guyana, Panamá, Nicaragua y más de cien países del Tercer Mundo de dar una olimpiada?». ³³

Hay que recordar, en este contexto político-deportivo, que Fidel Castro estuvo sumamente molesto con Juan Antonio Samaranch (Presidente del Comité Olímpico Internacional) por no haber apoyado la candidatura de Cuba para los Juegos Panamericanos de 1987 que luego se llevó Estados Unidos. La diplomacia española tendrá que ir con pies de plomo para que las conmemoraciones de 1992 no queden entorpecidas de forma irremediable. Sin embargo, aunque ello representara la irritación de Argentina, la concesión a Cuba como sede de los Juegos Panamericanos de 1991 (con la venia del Comité Olímpico Norteamericano) parece garantizar la cooperación cubana en la pacífica evolución de las polémicas olímpicas. No cabe la menor duda de que esta decisión debe tener una lectura en relación con las reticencias anteriormente mencionadas sobre los Juegos de Seúl. No resulta aventurado interpretar que la celebración de los Panamericanos en La Habana en 1991 supondrá una «vacuna» para garantizar la ausencia de polémicas en los olímpicos de 1992. Tampoco debe perderse de vista que la evolución de la actitud de Castro acerca de las celebraciones del Quinto Centenario en 1992 será la verdadera clave. Durante la visita de González ya había comenzado otro viraje y juzgaba «interesante la propuesta de organizar una Olimpiada Cultural con ocasión del V Centenario». ³⁴ La nueva luna de miel parecía completa: «Queremos ser además los portavoces de América Latina en la Olimpiada de Barcelona». ³⁵

Difícil es vaticinar quién estará en el poder en La Moncloa en 1992 (o si Castro continuará en La Habana). ³⁶ Si los socialistas pueden tener la habilidad de soslayar las declaraciones de Castro contra el papel histórico de España en América, un gobierno de derechas (con pocas probabilidades electorales), más hispanizante, no podrá dejar de actuar. Pero tanto con socialistas como con conservadores en La Moncloa, el dilema reside en La Habana: es difícil que las autoridades cubanas puedan sostener la simbiosis esquizofrénica de una política tercermundista en foros como las Naciones Unidas, en paralelo con los ideales tradicionales que contiene la fecha de 1992.

De cómo evolucionen las mutuas percepciones entre España y Cuba se desvelará algo más crucial. Se puede suponer, por ejemplo, que el régimen cubano solidificará todavía más su línea leninista y se ubicará más lejos de la tradición política iberoamericana y en general de lo que se acepta como democracia liberal del mundo occidental. El incidente de la exclusión de Cuba en la reunión de parlamentos democráticos de Madrid es el penúltimo ejemplo de serios obstáculos.

La cultura española tradicional será a finales del siglo XX algo ajeno a la enseñanza oficial cubana, solamente una nostalgia para los descendientes de españoles. ³⁷

En el terreno cultural, también de preocupación para Madrid resulta la imposibilidad de predecir qué impacto podrá tener la política cubana en los renglones anteriores con respecto a las relaciones globales hispano-iberoamericanas, pero en todo caso resulta razonable afirmar que, si se producen reververaciones, serán negativas para España. Incluso luego de la visita de González a Cuba, y a pesar de las declaraciones positivas de los líderes cubanos y la promesa de buena

disposición, Luis Yáñez comparecía ante la Comisión de Asuntos Iberoamericanos del Senado español y daba un nuevo toque de atención en el camino zigzagueante hacia 1992. Refiriéndose a los «peligros políticos» y a la necesidad de «evitar la apología de la Conquista», citaba a los grupos minoritarios de México, Perú, Bolivia, y aludía a formas de contrarrestar el llamado «frente de anticonmemoración». Entre estas medidas destacó el evitar que Cuba liderara este frente. Al mismo tiempo que informaba nuevamente que Castro había prometido que su país no adoptaría una actitud en contra, señalaba: «No nos da la absoluta seguridad de que el máximo dirigente cubano no vaya a hacer en algún momento declaraciones contrarias... dependerá del auditorio que tenga, si es muy radical, indigenista».³⁹ Faltaban pocas horas para que Castro reafirmara los temores de Yáñez con la reacción contra la decisión del Congreso español de excluir a Cuba de la reunión de parlamentos democráticos.

Ahora bien, la decisión oficial española, tanto por parte del Ministerio de Asuntos Exteriores como de los organismos de control del PSOE en las cámaras legislativas, parecía ser la de quitar hierro a las polémicas verbales. Sirvan como prueba las declaraciones de diciembre de 1986 del Ministro de Asuntos Exteriores, Francisco Fernández Ordóñez, a Darío Varcárcel, director de la nueva revista *Política Exterior*:

«Las relaciones hispanocubanas se sustentan en unas bases de tal profundidad, que ni siquiera una revolución o un bloqueo militar llegaron a alterarlas en la época de Franco³⁹ (...) la opinión del gobierno cubano sobre el V Centenario del Descubrimiento no plantea ninguna controversia política, y buena muestra de ello es que la Comisión cubana para la celebración de este evento continúa trabajando en estrecha colaboración con la Comisión española. Las declaraciones de Fidel Castro plantean en todo caso un debate sobre la valoración histórica del encuentro entre dos culturas, como los países latinoamericanos prefieren llamar, a lo que tradicionalmente nosotros llamamos descubrimiento. La celebración de este acontecimiento histórico debe ser, a juicio del Gobierno español, ocasión de que las naciones iberoamericanas trabajen en conjunto ofreciendo un modelo de cooperación y de esperanza para el futuro. Y en esto, afortunadamente, españoles y cubanos y todos los pueblos de la América Latina estamos de acuerdo.»⁴⁰

Esta intención se vio confirmada a las pocas semanas cuando el Grupo Popular presentó una moción de reprobación a Fidel Castro en el Senado por los insultos a Félix Pons. La mayoría del PSOE prefirió congelar el proyecto.⁴¹ En esta dimensión local, por lo tanto, la política interior española solamente puede ofrecer complicaciones para cualquier gobierno (socialista, de centro o conservador) que vacile en capear el temporal generado por las declaraciones imprevisibles del gobierno cubano con respecto a las celebraciones del Quinto Centenario. La opinión pública española puede ser fácilmente manipulada por un grupo que desee acosar al gobierno en este tema. Solamente se podrá evitar si se construye un consenso (una especie de Pactos de La Moncloa de cara al 92), que incluya (si no la única política hacia Castro que tiene posibilidades de ser efectiva: ignorarlo —y esta opción también resulta utópica—), al menos, por una sola vez en la historia reciente de España, la prelación de tener en cuenta los intereses globales del estado. Aquí puede resultar más importante el papel de la oposición que el del gobierno.

Esta situación desembocará inexorablemente en qué se decide con respecto a la invitación a todos los jefes de estado iberoamericanos⁴² para que visiten España (con motivo de una «cumbre» anterior o simultánea de la inauguración de la Exposición Universal de Sevilla) en 1992, o con motivo de una «cumbre» de máximos dirigentes iberoamericanos sugerida por Luis Yáñez en San José de Costa Rica dentro del calendario de Conferencias de Comisiones Nacionales del Quinto Centenario.⁴³ Queda también en el aire el importante foro de los Juegos Olímpicos de 1992. Incluir a Castro en cualquiera de estos acontecimientos implica problemas de seguridad; excluirlo provocará fricciones diplomáticas. El gobierno español puede meditar si le conviene usar las armas de presión idóneas que se presentan al acercarse 1992, para conseguir resolver los temas pendientes (presos políticos de ascendencia española o no, tratamiento oficial con respecto a la obra global de España en América).

En el escenario geopolítico mundial, convendrá prestar más atención a la estrategia del gobierno norteamericano de entonces (y de todas las etapas) con respecto a lo que puede percibir como política conciliadora de Madrid hacia La Habana, pero que, en el contexto español, será simplemente derecho a proteger los intereses nacionales (los históricos y económicos incluidos). Esta lectura deberá complementarse con un análisis de los estudios producidos en Norteamérica⁴⁴ por especialistas de distinta ideología, que desgraciadamente no son lo suficientemente conocidos en España.

A modo de recapitulación, finalmente, todas estas especulaciones dependen de: 1) la evolución del régimen cubano hasta final de siglo; 2) la situación política de España en 1992; y 3) la actitud del gobierno norteamericano hacia Cuba. Pero lo que hasta entonces (y con suficiente antelación) se decida tendrá un impacto importantísimo para las relaciones entre España y Cuba en la década de 1990. Depende, por lo tanto, del actual gobierno de Madrid (o de sus inmediatos sucesores) actuar en consecuencia, y no esperar, como en otras épocas de la historia ha sucedido, que el tiempo arregle los problemas actuales.

NOTAS

1. «Crítica la oposición española la próxima visita de Felipe González a Cuba» (EFE, 7 nov.), «Conservadores piden informes al gobierno español sobre la política iberoamericana» (EFE, 6 nov.), «Crítico ampliamente la oposición conservadora española la visita de Felipe González a Cuba» (AFP, 12 nov.). En los medios afines al exilio cubano en Miami también menudearon las reticencias: «Gobernantes democráticos que son desproporcionadamente cordiales con Fidel Castro» era el título de un editorial de *Diario las Américas* mientras González estaba en La Habana (16 nov.). Otros preferían recordar la existencia de presos políticos en Cuba: Tomás Regalado, «Mensaje a don Felipe González» (*El Miami Herald*, 12 nov.).

2. «Pide la oposición conservadora en España al Parlamento información sobre el viaje de Felipe González a Cuba comunista» (EFE, 23 nov.); Lorenzo Contreras, «Ruiz Gallardón, Cuba y el señor Dudú» (*Época*, 24 nov.); Francisco Félix Montiel, «España, en la estrategia de Moscú» (ABC, 21 nov.); Agustín Rodríguez Sahagún, «El viaje de González y el tópico» (*Diario 16*, 21 nov.); Victoria Lafora, «Roca pregunta si el viaje a Cuba va a cambiar la política exterior» (*Diario 16*, 21 nov.); «Desestiman los conservadores españoles los logros de Felipe González en su visita a Cuba» (EFE, 19 nov.).

3. Despacho de AP, 4 dic. 1986. Sobre el debate parlamentario, véanse las siguientes crónicas: «La oposición acusa a González de negar información al Congreso sobre el viaje a Cuba», *Ya*, 4 dic. 86; «El viaje de González a Cuba satisfizo a las bases del partido», *El País*, 4 dic. 86.

4. ABC, 21 nov.; «Cuba: la última cárcel de Gutiérrez Menoyo», *Interviú*, 19 nov. El tema siguió apareciendo en las páginas de los diarios. Alberto Míguez decía que «Fidel Castro intenta recomponer sus relaciones con España mediante la liberación de un grupo de presos políticos de origen español», y aludía al viaje a La Habana de Rosendo Cantó, Presidente de la Casa de Cuba en Madrid (ABC, 19 abr. 87); *El Alcázar* (19 feb. 87) adelantaba que el número de presos a liberar superaría al que se entregó al científico francés Costeau, al político norteamericano Jesse Jackson o a los obispos norteamericanos.

5. Ander Landáburu, *Cambio 16*, 1 dic. 86.

6. Naturalmente, los propios perjudicados se expresaron contrarios al arreglo efectuado por el gobierno español, indicando sobre todo lo exiguo de la suma: «Indemnización de españoles expropiados es el primer acuerdo de la visita» (EFE, 15 nov.); «Convenio con Cuba disgusta a españoles» (AP, 18 nov.); «Cuba pagará a españoles por expropiaciones» (AP, UPI, 16 nov.). La Asociación de Españoles con Bienes Incautados en Cuba (ESBINCUBA) protestó públicamente en carta publicada en *El País* (15 ene. 87), porque el «convenio, firmado sin nuestro conocimiento y mucho menos consentimiento, está a punto de ser perfeccionado».

7. Ernesto Ekaizer, «Perfil socioeconómico de la Cuba que acoge al presidente del gobierno español» (*La Vanguardia*, 13 nov.); «Y ahora, Cuba» (ABC, 14 nov.); «Las dos izquierdas latinoamericanas» (*El País*, 14 nov.); Carlos Alberto Montaner, «Fidel, Felipe y España» (ABC, 14 nov.); Emma Roig, «Los perdedores de la revolución» (*El País*, 14 nov.); José Comas, «Fidel Castro, jefe de la oposición en Cuba» (*El País*, 14 nov.); Pedro Páramo, «Felipe va a Cuba para que Menoyo venga a Madrid» (*Cambio 16*, 11 nov.); Lorenzo Contreras, «De vuelta a La Habana» (ABC, 13 nov.); Emilio Romero, «Toma y daca en Cuba» (*Interviú*, 12 nov.); «Felipe en Cuba» (*Interviú*, 1 dic. 86); «Pasaron siete años en las cárceles cubanas por pedir asilo político que les denegó España» (ABC, 21 nov.); Alberto Míguez (*La Vanguardia*, 15 nov.).

8. *Tiempo*, 1 dic. 86.

9. «Varsovia sin Walesa», *Diario Las Américas*, 20 dic. 86. Los otros dos artículos son «¿Disidencia, cinismo o pragmatismo?», 18 dic.; y «El otoño del patriarca», 19 dic.

10. *El País*, 22 dic. 87.

11. Véase al ensayo de Hilton Kramer, «Anti-Communism and the Sontag circle», *The New Criticism*, Vol. 5, N.º 1 (September 1986), pp. 1-7. La expresión es usada magistralmente por John Gerassi en su libro sobre la Brigada Lincoln titulado precisamente *Premature antifascists* (N.Y.: Preager, 1987), caracterización con la que se persiguió a los voluntarios norteamericanos que defendieron a la II República Española.

12. «Varsovia sin Walesa», *Diario Las Américas*, 20 dic. 1986.

13. «Castro y González», 17 nov.

14. «Castro y González en su salsa», *Cambio 16*, 1 dic. 86.

15. La Habana: Intur, s/f.

16. *Granma*, 14 nov.

17. 8 nov.

18. «Cuatro horas en La Habana», 1 dic. 86.

19. *Granma*, 5 y 6 de nov.
20. *Granma*, 5 nov.
21. 6 nov.
22. *Cinco días*, 21 nov. 1986.
23. Despacho de AP, 4 dic. 1986.
24. Todas las cifras son oficiales, cuya fuente se revela en cada uno de los cuadros. Además algunas están incluidas en el Banco de Información Omnidata/EFE, *Nuestro Mundo*, 85/86, pp. 340-341). Para conseguir un panorama a fondo sobre la evolución de la economía cubana y su necesidad de comercio exterior, véase el excelente libro de Carmelo Mesa-Lago, *The Economy of Socialist Cuba* (Albuquerque, New Mexico, University of New Mexico Press, 1981).
25. Véase el revelador estudio de Juan Piñol Rull, «España y Latinoamérica: el período Suárez (1976-1980)», *Afers Internacionals* (Barcelona), n.º 0, primavera, pp. 9-39.
26. Estas cifras pueden contrastarse con globales incluidas en el informe titulado «El comercio con América Latina en perspectiva», *Boletín Económico de Información Comercial Española*, n.º 1.998 (18-25 jul. 1985).
27. Pescados, mineral de níquel, desperdicios de papel y cartón, plantas vegetales, sacos y talegos son otros de los productos que siguen en orden de importancia.
28. Los productos más importante son: aceites minerales, chapas de acero, barcos, vehículos de transporte de tierras, tubos de hierro, bombas, montacargas, ascensores, motores de explosión, maquinaria agrícola, aparatos y material de circuitos eléctricos, aparatos de alumbrado. Fuente: Dirección General de Aduanas.
29. Despachos de EFE, 4 dic. 1986.
30. «Cuba no podrá hacer frente al pago», *La Vanguardia*, 1 dic. 1986.
31. Las entrevistas completas aparecieron más tarde en forma de libro, con el título *Fidel Castro: Nothing Can Stop the Course of History* (N.Y.: Pathfinder Press, 1986, 258 p.).
32. *Cambio 16*, 1 dic. 86.
33. Ander Landáburu, «Cuatro horas...», *Diario 16*, 1 dic.
34. Se recomienda la lectura de los trabajos incluidos en el libro mencionado más arriba, titulado *Problems of Succession in Cuba*, Jaime Suchlicki, ed. (Coral Gables, Fla.: University of Miami/Institute of Inter-American Studies. Cuban Studies project, 1985), dedicado a especular sobre la evolución del régimen cubano y la sucesión de Castro en el poder, tanto en la eventualidad de una desaparición repentina, como en el caso de un natural traspaso de control político. Especialmente resultan interesantes los siguientes estudios: Edward González, «After Fidel: Political Succession in Cuba»; Jorge Domínguez, «Succession in Cuba: Institutional Strengths and Weaknesses»; y Enrique Baloyra, «A little romance: democratization in Cuba?».
35. Si sirve como ejemplo, el *Granma* publicaba el 15 de noviembre, durante la visita de González a La Habana, un artículo especial, firmado por Nidia Díaz, en la más pura tradición norteamericana, mediante el cual se hacían cinco preguntas hipotéticas, ilustradas por un burdo mapa de España (como si se tratara de un país asiático o africano, culturalmente ajeno). En algunos párrafos, parecía calcado de viejos manuales centralistas e imperiales (quizá anticuados comunicados de prensa suministrados por la Embajada), en los que se supone la existencia de España «conquistada por los romanos» y luego por «los visigodos» y «los árabes». Pero, más adelante se califica como «Estado de corte democrático burgués» al actual régimen político español.
36. Despachos de diversas agencias, 11 dic. 86.
37. Recuérdese que Felipe González había dicho lo siguiente en la breve alocución ante Fidel Castro en La Habana: «amistad honda que España y Cuba, Cuba y España, han sabido mantener por encima de avatares históricos muy diferentes y que desde mi posición de presidente de Gobierno estoy dispuesto a reforzar, no sólo a mantener» (14 nov. 1986).
38. Vol. 1, n.º 1, diciembre 1986.
39. *ABC*, 6 marzo 1987.
40. Reflejando los planes del gobierno, José Manuel Arija decía en *Cambio 16*: «El objetivo final para 1992 sería que acudieran a España en esa fecha todos los jefes de Estado del nuevo continente» (1 dic. 86). José Oneto, el siempre bien informado comentarista político que dirigía anteriormente *Cambio 16*, aventuraba «el compromiso aplazado de una visita oficial de Fidel a España (quizá en el 92, coincidiendo con el V Centenario y con la Olimpiada de Barcelona)» («Martes y dieciocho», *Tiempo*, 1 dic. 86).
41. Véase *América 92*, agosto-octubre 1986, p. 33.
42. Entre las muestras más recientes de la «cubanología», destacamos las siguientes: Juan M. del Águila, *Cuba: Dilemmas of a Revolution* (Boulder, Col.: Westview Press, 1984); Claes Brundenius, *Revolutionary Cuba: The Challenge of Economic Growth with Equity* (Boulder, Col.: Westview Press, 1984); Sandor Halebsky y John M. Kirk, eds., *Cuba: Twenty Years of Revolution, 1959-1984* (N.Y.: Praeger, 1985); Irving Louis Horowitz, ed. *Cuban Communism* (New Brunswick, N.J.: Transaction Books, 1984, 5.ª edi-

ción); Fred Judson, *Cuba and the Revolutionary Myth: The Political Education of the Cuban Rebel Army, 1953-1963* (Boulder: Westview Press, 1984); Elizabeth Stone, *Women and the Cuban Revolution* (New York: Pathfinder Press, 1984); y Hugh S. Thomas, George A. Fauriol, y Juan Carlos Weiss, *The Cuban Revolution, Twenty-Five Years Later* (Boulder: Westview Press, 1984). Se aconseja la lectura de la lúcida reseña (sobre éstos y otros libros) de Enrique Baloyra titulada «Side effects; Cubanology and its Critics», *Latin American Research Review*, Vol. 22, n.º 2 (1987), pp. 265-274.